

de la espalda las cruzara en la columna, para lo cual era preciso tomar una violentísima posición, y teniéndole de esta manera se las volvieron á atar, con mas inhumanidad, si cabe, de lo que atadas las tenia antes.

—Es preciso asegurarle;—dijo Malco,—no fuera caso que mientras nosotros descansamos un momento se nos escapara.

Y cuando le iban ya á dejar de esta manera, solo con su dolor y sus tormentos, uno de los verdugos dijo:

—Demasiada comodidad es la que tiene. Si los pontífices le vieran, nos reprenderian con razon por nuestro exceso de clemencia.

Dicho esto acercóse á Jesús, dando un puntapié á la banqueta, que no necesitaba otra cosa para hacerse pedazos, y dejar al divino Salvador con una parte del cuerpo en tierra, y la otra parte colgado de los brazos, que vueltos al revés amarrados tenia á la columna.

—¡Excelente idea la tuya!—gritaron algunos.

—Esto merece una botella de Chipre. Vamos á refrescar, compañeros. Beberemos á la salud del Nazareno.

Y todos salieron, mientras que el divino Redentor de los hombres quedaba pendiente de la columna, y entregado á la atrocidad de su martirio, que en aquellos momentos era tan intenso y vivo, como ninguno de los que recibiera hasta entonces.

Y mientras que los alborotados verdugos, tendidos en las losas del pavimento del atrio, comian y bebian, Jesucristo rogaba al Padre celestial por la salvacion de las racionales criaturas, y le ofreció lleno de amor sus tormentos para la expiacion de los pecados de los hombres, á los que amaba tanto, dirigiendo de vez en cuando amorosos llamamientos á los seres del porvenir que á tanta costa redimia.

CAPITULO VIII.

La Sentencia del Sanhedrin.

Cuando el alba empezó á despuntar en Oriente, los malditos jueces de Israel dejaron sus lechos, para trasladarse á la sala del Sanhedrin, que como sabemos se hallaba enclavada en el Santuario.

Los jueces de Israel se reunieron á la sombra del Santo de los Santos; á la presencia del Dios Altísimo, al objeto de sentenciar al Hijo unigénito del Eterno, venido á la tierra para salvarnos á todos.

El sarcasmo que aquellos miserables arrojaban al rostro del Criador, no podia ser mas cínico ni mas horrible. La justa indignacion de Adonai, no debia tampoco tardar mucho en descargar sobre aquellos jueces y aquel pueblo, para borrar de la lista de las naciones, á la nacion tan protegida hasta entonces, y tan criminal é ingrata en aquel momento.

Los ángeles custodios de Israel lloraban á lágrima viva, recordando la bondad con que el Altísimo tratara á la nacion hebrea y el infinito crimen que esta cometia, y trocando su actitud, suplicaban al Eterno borrarse de la memoria de los cielos y de los hombres, no solo á todo aquel pueblo perverso, sino hasta su menor recuerdo.

En tanto la obra de la redencion seguia adelante, y el divino Salvador era conducido de la casa de Caifás al tem-

plo, mas bien llevado arrastrando que caminando, porque era tanto lo que habia padecido, y tanta la sangre derramada, que las fuerzas le faltaban, hasta el extremo de no poder apenas dar un paso.

Pero esto les importaba poco á los crueles verdugos, que con grande algazara tiraban del cuerpo divino, gracias á una cuerda con que anteriormente le habian ceñido.

Cuando llegaron al salon de Gazith, todos los escaños destinados á los jueces hallábanse ocupados, y el espacio destinado á los espectadores, estaba lleno de bote en bote por los enemigos del Salvador, por aquellos seres degradados, que los manejos de los pontífices atrayeran á su partido, al objeto de que los defendieran, si en vista de la iniquidad de la causa, y de la inocencia de Cristo, por todos conocida, promovíase un alboroto en la ciudad.

La llegada del Salvador al lugar del tribunal, produjo un asombro indescriptible, porque Jesús estaba del todo desconocido.

Muchos temieron tal vez que aquello fuese una pantomima, un engaño, pero examinándole, bien pudieron por fin convencerse de que aquel hombre tan desfigurado, no era otro que el divino Cristo; no era otro que aquel Ser bendito, que habia recorrido los campos y las poblaciones de la Judea, haciendo el bien, y enseñando á los hombres á esperar en Dios, y á cumplir la ley inmutable del Eterno.

Nadie fue movido á compasion, aun cuando todos lo fueran á pasmo. El mismo Caifás mirando á Jesús á la luz del dia, no podia dejar de confesar con satisfaccion, que los verdugos habian interpretado maravillosamente sus intenciones y sus propósitos.

—¡Yo le he hecho sufrir mas aun de lo que él me ha

hecho sufrir á mí. La venganza con que le amenacé, satura mi alma de inefable alegría!

Esto dijo Anás sonriendo, y devorando con su mirada de tigre al Redentor, mientras que Gamaliel fuera de sí, en vista de aquel espectáculo desolador y repugnante, vuelto el rostro al Santo de los Santos, invocaba la asistencia del Eterno, para que iluminase los entendimientos de los jueces de Israel, con el objeto de que no cometiesen una injusticia, salvando al acusado si era criminal, ó condenándole si era inocente.

Despues de esta plegaria legal y obligada, plegaria que era á la verdad un sarcasmo horrendo dirigido al Eterno, la sesion empezó, y como la causa era del todo diferente de las otras, los procedimientos de la sentencia fueron diferentes tambien.

Las acusaciones y la defensa habíanse hecho de noche, porque para condenar á la inocencia, se hace preciso reunirse á favor de las tinieblas, así es que en aquel momento, solo faltaba emitir los votos y dictar la sentencia definitiva. No para otra cosa se acababan de reunir aquellos infames, á la sombra del Santuario.

El público espectador no estrañaba el ilegal procedimiento de que se echaba mano, pues el que mas y el que menos hallábase iniciado ya en el horrible procedimiento de que se echara mano. Así es que sin escándalo de nadie, Alejandro reunió las acusaciones presentadas contra Jesús, sin hacer ni siquiera mencion de la defensa de Nicodemus, y prescindiendo de las deposiciones de los testigos que podian ofender la susceptibilidad del Pretor, ó poner de por medio en la causa los intereses de Roma.

Ya hemos visto mas atrás que esta fue resolucion tomada por los grandes pontífices, á fin de obviar dificulta-

des y demoras, que bajo ningun concepto convenian á sus infernales miras, y á sus diabólicos propósitos.

Leido el resúmen de la causa, Gamaliel advirtió á los jueces que era llegada la hora de emitir el dictámen particular, para que de la suma de votos absolutorios ó condenatorios, pudiera dictarse la definitiva sentencia.

—Antes, empero, ¡jueces de Israel; — les dijo; — se hace preciso que cada cual invoque la inspiracion divina, para que de nuestros votos salga la luz de la justicia.

Todos fingieron recogerse y orar por unos momentos, pero á la verdad no hubo mas que dos que lo hicieran. Estos dos son bien conocidos de nuestros lectores, para que nos sea preciso escribir sus nombres. Los demás, léjos de pedir á Dios que les inspirara, consideraban con placer en el secreto de sus corazones, lo bien que les habia salido aquel negocio, que tan pavoroso y amenazador se presentaba algunos dias antes.

Gamaliel mandó, despues de una breve pausa, á los secretarios, que recogieran los votos de los jueces, á cuyo efecto designóse la persona de Alejandro para recibir los condenatorios, y la de Juan para hacerse cargo de los absolutorios.

La emocion era general, era indescriptible. Aquellos hombres sanguinarios estuvieron llenos de zozobra, hasta tanto que la votacion hallóse terminada; hasta tanto que del escrutinio de los votos, resultaron sesenta y cinco por la muerte de Jesús, y seis proclamando la inocencia del Salvador.

En este momento todos los jueces infames respiraron, libres de la opresion que por algunos instantes les conturbara, pues que á pesar de ser todos enemigos acérrimos de Cristo, temian acaso que por rivalidades personales, el uno

dijera *sí*, por solo la razon de que su enemigo habia dicho *no*. Pero estaba escrito que en aquella obra de iniquidad, todos los inícuos debian hacer causa comun, para atropellar y conducir al patíbulo á la misma inocencia, á la misma virtud. Por eso hubo contra el divino Nazareno sesenta y cinco votos condenatorios, votos emitidos por un nido de víboras, que deseaban con afan devorarse las unas á las otras.

Cuando el escrutinio se hizo público; cuando Gamaliel, despues de haber contado los votos, publicó el resultado de la votacion, y mientras que en los labios de los enemigos del Salvador, no pudiendo dominar su contento infernal, aparecia una execrable y repulsiva sonrisa, en los ojos de Nicodemus y de José de Arimatea, no menos que en el de los cuatro restantes que habian votado en favor del Cristo, apareció una ardiente lágrima.

Aquella lágrima amarga se vertia sobre una tumba, y esta tumba era la del pueblo escogido, que dejaba de serlo, desde el momento en que fulminaba una sentencia de muerte contra el Hijo del Altísimo; contra el Mesías tan esperado; contra el que se prometiera á Israel para su salvacion.

— ¡Injusticia é ingratitud de los hombres! — exclamó Nicodemus en el acceso de su dolor. — ¡Tú condenas á muerte ignominiosa al que es el Autor de la vida!... De hoy mas el nombre de Israel queda borrado del libro de las naciones! ¡Señor, descarga el peso de tu ira sobre el pueblo indigno, que así corresponde á tus bondades; réducete á polvo, y perezca su memoria del recuerdo de todos los vivientes!

Despues no pudiendo contenerse por mas tiempo, y sintiendo que aquella atmósfera, envenenada por el infierno,

le asfixiaba, salió apresuradamente del salón, con ánimo de no volver á penetrar en él; y para demostrar la profundidad del dolor que le afligia, rasgó sus vestiduras, y lloró como un niño que ha perdido á sus padres, por las avenidas del templo, y por las calles de la ciudad, que empezaban á llenarse de gente.

José de Arimatea hizo un esfuerzo para vencer su pusilanimidad, y el Altísimo ayudóle con su gracia en aquellos momentos, al objeto de que rechazara la tentación del miedo.

Levantóse, pues, y dijo con voz fuerte y conmovida:

—Israel acaba de asestarse una daga al corazón; huyamos de aquí para no presenciar su vil agonía!

Luego satisfecho de su conducta, y sintiéndose robustecido, después de haber roto las líneas con que el miedo le tenía sitiado, salió también del salón llorando á lágrima viva. Y como á Nicodemos, las gentes que venían al templo, y las que pasaban por las calles de la ciudad, vieron llorar al anciano como si fuera un niño, y le oyeron exclamar:

—Israel ha pretendido escupir al cielo, y el esputo que ha intentado arrojar á Dios, háse convertido en un rayo que hiere implacable la cabeza de Judá. ¡Virgenes de Jerusalén, destrenzad la cabellera, y heríos con los puños el pecho casto, porque han llegado los días de iniquidad y desolación, de horror y de llanto vaticinados por Jeremías!...

Y así desahogaba su dolor, mientras que Gamaliel ordenaba á los secretarios que estendiesen la sentencia de muerte, fulminada por el Sanhedrin contra la existencia del Autor de la vida.

Dicho fallo estendido, presentáronlo los secretarios á la

firma del Nasi y á la del Padre del Sanhedrin, y después autorizaron el documento Juan y Alejandro, en cualidad de secretarios del Sanhedrin.

Así las cosas, Gamaliel dispuso que se leyera la sentencia, á cuyo fin el verdugo que estaba junto á Jesucristo, obligó al Salvador á ponerse de rodillas, para oír el fallo de muerte que los jueces más injustos, dictaban por envidia contra el Ser más bueno é inocente que ha existido nunca en el cielo, y debajo del firmamento.

Los enemigos del Mesías pusieronse en pie, y oyeron así la lectura de la sentencia, que estaba concebida en los siguientes términos:

«El Sanhedrin de Israel, reunido legalmente á la sombra del Santuario, para entender en la causa de Jesús de Nazareth, acusado de blasfemo, y de hacerse Hijo del Altísimo, después de haber invocado la asistencia del Eterno Justiciero, fuera del cual es imposible obrar en justicia y proceder rectamente, condena por sesenta y cinco votos contra seis, á muerte ignominiosa de cruz, á Jesús de Nazareth, á cuyo fin se pondrá desde luego en poder del Pretor de Roma, que es Poncio Pilatos, para que después de haber revisado la causa, según el derecho y las leyes del imperio, mande aplicarle el castigo que el tribunal del pueblo escogido, inspirado por Jehová, ha tenido á bien imponerle, en justo castigo de sus blasfemias y de sus trastornadoras imposturas.

«Perezca la memoria del blasfemo, y los hijos estériles de su linaje y parentela, maldigan á sus padres en su vejez, para que Dios borre su raza y su memoria de la faz de la tierra.

«Amen; Amen.»

«Esta es la sentencia del tribunal supremo de justicia

de la nacion, que dicta contra Jesús de Nazareth, reo convicto de blasfemia, y confeso de predicarse Hijo del Dios Altísimo.

EL NASI:
Gamaliel.

EL PADRE DEL SANHEDRIN:
José Caifás.

LOS CATOLIKIN:
Juan. Alejandro.»

Despues de leido este padron de ignominia, reinó por unos momentos en el salon Gazith un silencio sepulcral. Aquello parecia mas bien una tumba que un tribunal de justicia, donde se habian reunido para condenar al Hijo de Dios, los hombres peores que ha visto y verá la tierra.

El crimen que acababan de cometer les tenia anonadados, y aun cuando sus corazones viles estuvieran llenos de alegría, sus malditos espíritus hallábanse dominados por un misterioso terror. Aquel terror era hijo de la grandeza de su crimen, y debia ser tan poderoso, que hasta tenia fuerzas bastantes para reprimir y ahogar la alegría de sus pudridos corazones.

Por eso el salon parecia mas bien que un tribunal de iniquidad, la tumba de la impostura. Y tumba era, porque con la última palabra de la sentencia, se enterraban allí las leyes y la autonomía de Israel, para que luego el pueblo escogido viera descompuesto su cadáver y aventados sus huesos y sus cenizas, á fin de que el viento las llevara á las partes del globo que las quisieran recoger.

El silencio fue breve, y la sesion se cerró desde luego, para que Jesús fuera entregado sin demora al Pretor. Los jueces viles tenian miedo á las turbas partidarias de la justicia, y los minutos se les hacian horas, mientras no viesen

al Redentor divino rodeado de lanzas extranjeras, y en poder de la altiva y despótica Roma. Este poder les servia, en aquella circunstancia, á maravilla, pues les ponía á cubierto de la indignacion y del furor popular.

Y para ellos muerto Jesús, y seguros de la vida, ¿qué podia inquietarles ya? Dominarian despótica y absolutamente; serian los dueños y los dioses de Israel; se verian poco menos que adorados, porque un pueblo que no tiene valor para defender la inocencia y la justicia, es justo que se vea pisoteado por los tiranos, es justo que se le obligue á postrarse á las plantas de los execrables seres, que le azotan como si fuera un esclavo, y que le escupen al rostro para distraer el mal humor.

Y esto lo sabian los sacerdotes y los miembros del Sanhedrin, y por eso llevaban tanta prisa para entregar al inocente Jesús en poder de los romanos.

El verdugo que se hallaba custodiando al divino Redentor, obligóle á ponerse en pié, dando un desapiadado tiron á la cadena que tenia sujetas las manos de Cristo á la espalda, y esperó las órdenes del Nasi, para ponerse en marcha, y llevarle á la próxima fortaleza Antonia, junto á la que se levantaba el palacio de los pretores romanos.

Anás salió entonces de la sala para enterarse de si habia salido el sol, porque insiguiendo las leyes de Roma, Pilatos no se prestaria á administrar justicia, á menos que los rayos del astro del dia brillaran ya en el horizonte.

Mientras tanto todos los jueces se hallaban por demás inquietos y llenos de zozobra. Ellos habian corrompido á una parte del pueblo, habíanla convertido en partidaria suya, gracias á sus infames manejos, pero no lograron corromper la mayoría de las gentes, que con motivo de la páscoa habian acudido á Jerusalem, y no se les ocultaba

que gran parte de esa multitud, ó pertenecía á la escuela del Salvador, ó abrigaba el pleno convencimiento de su inmaculada inocencia.

Esta razon poderosa teníaes llenos de zozobra.

—¡Todo será inútil si el pueblo promueve una revuelta antes de ponerle en manos de Pilatos! — dijo Anás á su yerno, lleno de inquietud.

—Mirad, mirad como se agolpa la multitud en el atrio de los gentiles, deseosa de conocer la novedad; — balbuceó Helquías, que, como en otra parte hemos visto, á su gran maldad unia un poderoso sentimiento de miedo.

—¡Y el sol no ha salido aun! — guturó Anás con despecho y rabia, golpeando el pavimento con los piés. — ¡Pilatos no nos admitirá al reo!...

—Y todo puede perderse en un momento. ¡Un grito del sedicioso, una escitacion de uno de sus parciales, puede arrojar sobre nosotros toda la multitud, como si fuera una avalancha irresistible, que debe aplastarnos! — balbuceó Helquías, el tesorero del templo, con la estolidez del miedo cervical que le dominaba.

—¡Oh! ¡Malditas sean las leyes que hacen sufrir tanto! ¡Maldita sea la implacable Roma, y el primero de los judíos que solicitó su alianza! — bramó furioso el gran pontífice, sin tener en cuenta que acababa de proferir una tremenda imprecacion contra los esforzados Macabeos, contra los que reconquistaron la patria amada, contra los que por salvar á Israel murieron como héroes, llamando sobre sí la admiracion del cielo y de la tierra.

Pero ¿qué le importaba esto á Caifás? En aquel momento maldecia dentro de su corazon al sol y á su divino Hacedor, porque uno y otro no se prestaban á servir de instrumentos de venganza al gran pontífice del templo de Judá.

Y mientras dominados por tan grande inquietud estaban, y mientras que el gentío iba llenando mas y mas los anchurosos espacios del atrio de los gentiles, sin entrar en el recinto sagrado del templo, la multitud se balanceó como la ola de la mar agitada por el viento, y un hombre abrióse paso por en medio de ella.

Aquel hombre parecia un toro embravecido; no respetaba nada, no atendia á nada, atropellábalo todo con tal de abrirse paso. Las gentes mirábanlo con pasmo y con temor, porque tenia todos los indicios de un loco en el acceso de su escitacion nerviosa.

—¡Es loco! ¡es loco!... — decia á voces la multitud, apartándose á un lado y á otro para dejarle el paso franco.

—¡Paso! ¡paso! — gritaba el que parecia loco, apartando la gente con una fuerza hereúlea, con la fuerza de la desesperacion.

Y empujaba á los que no le abrian el paso que pedia, y obligaba á todos á correrse á una y otra parte, sin que él se detuviera por nada ni para nada; sin que él dejase siempre de adelantar, sin atender á los gritos de los atropellados, ni á los murmullos de la multitud apiñada, que removida por aquel extraño incidente, producía un sordo ruido, igual al que produce la cascada de muchas aguas, si se percibe su voz de alguna distancia.

Por fin el que de tal manera removía á la multitud, llegó á las gradas de la plataforma que formaba el edificio del tribunal. Sus facciones estaban desencajadas, su rostro sudoriento, sus labios entreabiertos y secos, sus ojos hundidos, chispeantes, inquietos, y cercados de un círculo amoratado, su frente ora se comprimía, ora se dilataba, y sus manos se cerraban y abrian convulsivamente...

La multitud, que le tomara por loco, no estaba del todo desacertada, porque el aspecto de aquel hombre lo era.

Y sin embargo nada mas léjos de él que la locura.

No era la furia del huracan, que brama en una cabeza vacía, lo que de aquella manera le tenía agitado y fuera de sí; eran las ráfagas de la desesperacion las que le arrastraban; era una violenta tempestad, que rugia en el fondo de su alma ennegrecida, lo que le llevaba frenético á la sala Gazith.

Porque en aquella sala estaban los compañeros de un crimen inaudito, que el desesperado habia cometido; porque en aquella sala se hallaba terriblemente martirizada y condenada á una muerte vil, la víctima de su inaudito crimen, de su imponderable delito.

Aquel hombre era Judas Iscariote; Judas frenético, que no habiendo dado oidos á las dulces y consoladoras palabras de Simon Pedro, lo diera á las voces desesperadas del remordimiento, que avivado por Satanás, le combatia como el vendabal combate á la anciana y carcomida encina, que cruje y hace débiles esfuerzos para resistir al impulso denodado y fiero, al combate implacable del éter irritado.

¡Qué cosas pasaban por el alma desesperada de Judas en aquellos momentos! ¡Qué negros fantasmas levantábase del fondo del abismo para amenazarle! ¡Qué terribles voces oyó con los oidos de su alma, diciéndole que para él no habia perdon!... Y Judas frenético, Judas dominado por la fiebre de la desesperacion, Judas que veia aquellos fantasmas pavorosos, y oia las voces estridentes y amenazadoras, estaba fuera de sí, y pisaba la tierra lleno de pavor y de miedo, del mismo modo que lo hacia el fratricida Cain.

La tempestad que rugia en su espíritu arrojóle á Jeru-

salen; llegó al templo, entendió que los sacerdotes se hallaban reunidos para condenar á Jesús, y se dijo:

—¡ Iré allá; proclamaré mi crimen y la inocencia de Cristo; les exigiré que me lo devuelvan, y cuando le vea en libertad, entonces como mi pecado no puede tener perdon, me ahorcaré con mis propias manos, para librarme de la horrible congoja que me domina!

Y con estas estrañas ideas, llevando la cabeza descubierta y el pelo enmarañado, y teniendo el rostro desencajado, penetró con resuelto paso en el salon, donde los sacerdotes esperaban frenéticos la salida del sol.

—¿ Dónde vais?—preguntó á Judas uno de los porteros de Gazith, que tal vez tomó al Iscariote por uno de los partidarios del Cristo, por uno de los jefes del motin que temian los jefes de Israel.

Las alteradas facciones del traidor no eran nada tranquilizadoras, y los temores del portero no fueron, por consiguiente, inoportunos. Así es que procuró impedir el paso á Judas, pero sin conseguirlo, porque nadie sino Dios es capaz de contener la ola embravecida, que el viento arroja con furia á las arenas de la playa.

—¿Qué te importa?—preguntó Judas con acento fiero y bronco, arrojando al portero contra una de las columnas del pórtico.

El portero profirió un grito. Aquel grito era de alarma, y resonó en los oidos de los jueces del salon, como debe resonar á los oidos del reo de muerte el timbre argentino de la campana, que avisa á los hombres que un hermano suyo va á morir, para que rueguen á Dios por su alma.

En la sala Gazith hubo tumulto y confusion. Los jueces palidecieron, miraron en torno suyo con ojos espantados, y creyendo ver penetrar en el salon la plebe amotinada,

buscaron un ángulo para ocultarse, á fin de poder escapar del motin al menos con la vida.

Así acreditaban ellos la justicia de la sentencia que de proferir acababan, sentencia infame é inicua, que su conciencia atemorizada les echaba en cara como un crimen imperdonable.

Aquel temor cerval, aquella agitacion indefinible, no era acaso la voz de su espíritu, que les decia:

—*Habéis procedido inicualemente?*

Però poco tardaron á tranquilizarse, pues Judas apareció en el salon, como el horrible espectro, como la encarnacion de su crimen. Y Judas el traidor era el único de los hombres cuya aparicion podia tranquilizar á aquellos malvados.

Á duras penas pudieron reconocerle los malvados Caifás y el viejo Anás. Tanta era la turbacion y tan grande el cambio, que Judas en tan poco tiempo habia experimentado.

Y al reconocerle, fueron á encontrarle con la sonrisa mas satisfecha del mundo, y alargándole la mano, que el Iscariote rechazó con fuerza, Caifás le dijo:

—La obra de la justicia va á terminarse, y debemos saludaros como al mejor auxiliar de ella. Sin vos, á estas horas, Judas, el desenlace no se hallaria tan próximo como está... ¡Mírale; mira á tu víctima, Judas! —añadió el malvado pontífice lleno de complacencia, señalando la persona tan horriblemente desfigurada del Redentor.

El Iscariote miró á Jesús con ojos horriblemente descajados, y á cada momento se estremecia y suspiraba profundamente. Sus labios palpitaban, como si quisiera proferir no sé qué misteriosas palabras, y su semblante repulsivo, ora tomaba el color de la flor de la granada, ora se

tornaba pálido y amarillo, como una hoja de saucé desprendida del árbol, por las brisas de los últimos dias de otoño.

El aspecto de Judas era el del que sostiene una horrible lucha consigo mismo; lucha que así puede terminar en la locura como en la desesperacion; que así puede salvar á un gran pecador, si le llena los ojos de lágrimas, como puede dejarle muerto en el acto, por efectos de una congestion cerebral.

Judas Iscariote inspiró miedo á sus compañeros de crimen, y pusieron en él los ojos, como se ponen en la encarnacion de las iniquidades, como se ponen en un remordimiento vivo.

Despues de haber sostenido el traidor durante algunos momentos aquella horrible lucha, dirigiéndose á Caifás y á su suegro, les dijo con voz desentonada y bronca:

—¡Devolvedme al inocente!

—¡Cómo! —esclamaron Anás y Caifás, sorprendidos de la exigencia del traidor, y dando dos pasos atrás.

—Sí; devolvedmele, porque desde el maldito instante en que lo he puesto traidoramente en vuestras manos, que la paz ha huido de mi corazon, y no hay nada en la naturaleza que deje de amenazarme.

—¡Estais loco! —musitó Anás.

—¡Loco! Ahora no lo estoy, lo estaba cuando á traicion le puse en vuestras manos; loco ahora no lo estoy, lo que estoy es desesperado, es frenético, es fuera de mí, al pensar que he podido concertar con vosotros, el crimen mas espantoso y horrible que han presenciado y que presenciarán las edades... Devolvedme á mi inocente Maestro; devolvedme al que por traicion he entregado á la execrable envidia que os domina.

—¡Judas! El sedicioso está ya juzgado; se halla ya sentenciado, y el tribunal de Israel no le condenara á muerte, si no hallara en él crimen mas que suficiente para quitarle la vida.

—¡Asesinos! ¡Malvados, infames asesinos!— gritó Judas con toda la fuerza de sus pulmones.— Sí; tú, Anás, eres un asesino; tú, Caifás, eres un asesino, que habeis concertado conmigo la manera mas fácil de apoderaros de un inocente, para hacerle morir, para sacrificarle á la asquerosa pasion de la ira y de la envidia, que sus virtudes os inspiran.

—¡Judas!— bramaron los pontífices, acercándose al Iscariote con ademanes amenazadores.

—Sí, sois unos asesinos todos los que habeis sentenciado á Jesús de Nazareth; sí; hoy el tribunal de Israel, hoy ese nido de víboras que se llama Sanhedrin, dará á un asesinato, dará á una venganza horrible, el nombre de sentencia, pero yo, que soy tan asesino y malvado como vosotros; yo, que he puesto en vuestras infames manos al inocente, yo referiré á todos, á todos, la historia de vuestro crimen y de mi crimen, y el pueblo se levantará contra vosotros y contra mí, para hacer pedazos de nuestros cuerpos, y para buscar en nuestros corazones el lugar donde hemos meditado la iniquidad.

—¡Judas!— guturó Caifás fuera de sí:— vuestras palabras calumniosas, vuestros insultos pueden costaros muy caros.

—Pensais intimidarme y os equivocais. Oye, asesino Caifás; oye, criminal Anás; vuestro poder no alcanza á dominar mi lengua, y á matar mi valor; vuestras amenazas no producen en mí efecto alguno, y ora os apodeais de Judas, tan asesino como vosotros, para conducirlo á la

muerte, ora dejeis impune el atrevimiento mio, de calificaros de asesinos á grandes voces y en presencia de Israel, vosotros no lograréis refrenar mi lengua. Si para obligarme á callar pensais sentenciarme á la última pena, caminando al patíbulo os llamaré asesinos, y referiré al Pretor y al pueblo la historia de vuestro horrible crimen, que tambien es el mio; si juzgándome loco me dejais salir impune de aquí, yo referiré á todos los de Jerusalem vuestro crimen que es mi crimen, y no habrá nadie en Israel que no conozca la historia infame de iniquidad, que pretendeis llevar á cabo en el inocente Jesús de Nazareth; en ese Ser divino que yo he vendido á vuestra envidia y á vuestro deseo implacable de venganza; á ese Jesús de Nazareth, para comprar al cual, habeis robado treinta monedas de plata al tesoro del templo, y las habeis dado á la sórdida avaricia de mi alma.

—¡Calla!— dijo Caifás con voz sorda y amenazadora, al desesperado Judas, viendo que los gritos del traidor trascendian mas allá del salon, y observando que la multitud del atrio de los gentiles se amotinaba á la puerta del cónclave.

—¡Caifás!— siguió gritando Judas sin intimidarse;— devuélveme al inocente Jesús, ó te llamaré ladrón y asesino, y el pueblo sabrá toda nuestra historia, y nos arrastrará á los dos por las calles de la ciudad.

—Eso es imposible, pero calla, y pide lo que quieras, que todo se te dará:— continuó Caifás bajando la voz.

—Aquí tienes tu maldito dinero;— dijo Judas lanzando la bolsa en mitad del salon;— aquí tienes ese dinero, que abrasa mi alma con el fuego devorador del infierno. Yo te lo devuelvo, y si quieres que calle, devuélveme tú al inocente que puse á traicion en tu poder.

—¡Imposible! El Sanhedrin acaba de sentenciarle á muerte, y no está en mi mano evitarlo ya.

—¡Oh! por piedad; ten compasion de mí... mira que mi cabeza se desvanece, mira que mi corazon estalla, mira que revientan mis venas, mira que mi alma envenenada quiere salir de mi cuerpo, y verterá todo el veneno de que está repleta, sobre Israel... mira que me voy á desesperar... Caifás; asesino Caifás, devuélveme al inocente Jesús, ó me quitaré la vida, porque tiene para mí un peso mas grande que el de todo el firmamento...

—¿Y á mí qué me importa? Allá te las arregles con el demonio que te inspira; revienta cuánto antes, y cese ya tu lengua inmunda de proferir una palabra mas.

—¡Oh! sí, ¡cesará luego, no lo dudes; cesará luego!... pero su última palabra será para maldecirte!... ojalá que tu alma desesperada experimente los tormentos de la mia. Asesino vil, ojalá que tú y tus compañeros, los asesinos que componeis el Sanhedrin, murais ahogados en la sangre de vuestros hijos; ojalá que os veais azotados con los intestinos de aquellos á quienes dísteis el ser, hasta que exhaleis el postrimer aliento, entre las carcajadas de vuestros verdugos; ojalá que vuestros nietos se vean obligados á comer como bestias inmundas, el sustento depositado en vuestros intestinos... ojalá que la llama de la ira divina empiece á consumiros desde este momento para toda la eternidad... ojalá que aquí en la tierra experimenteis centuplicados los males de Antíoco y de Herodes... ojalá que la rabia infernal que os profeso, pueda ensañarse en vuestras entrañas, despues que haya descendido á la region del horror!...

—¡Ese hombre está loco! —murmuró Caifás fingiendo tener compasion del estado de Judas, cuando solo lo decia para quitar toda la importancia que podían tener las palabras del traidor.

—¡Loco! Sí, loco estoy; asesino!...

Luego deteniéndose de improviso, y cambiando de tono dijo:

—¿No quieres devolverme al Hijo de Dios, que he puesto á traicion en tu poder?

—¡Imposible!

—Pues bien, Caifás; pues bien, Anás; pues bien, tribunal de la nacion, oid. Yo que he puesto á Jesús en vuestro poder, yo á grandes voces os digo que es inocente, y que vais á derramar la sangre del Hijo de Dios. Ella caiga gota á gota sobre vuestra cabeza y sobre la mia, para que un mismo destino implacable nos una y confunda en el infierno, á todos los que hemos intervenido en el deicidio...

Jesús dirigió en este momento á Judas una mirada de ternura. Aquella mirada era para el traidor la confirmacion de las dulces palabras de Pedro, era el último llamamiento á la gracia, mas el Iscariote no pudo sostenerla, llenóse del frenesí que se apodera del hidrófobo al ver el agua, y golpeándose la cabeza, y arrancándose los cabellos, precipitóse fuera del salon, atravesando con el empuje de una fiera irritada, la apiñada multitud reunida á la puerta del edificio Gazith.

CAPITULO IX.

El suicidio del Traidor.

Sigámosle.

Judas desésperado corria al azar por las calles de Jerusalem, buscando para salir de la ciudad una puerta que no encontraba por causa de su turbacion, á pesar de tener tan conocidas las calles de la capital.